

En una amplia y bien definida curva abandonamos la carretera, nos dirigimos a un excelente mapa que hay allí instalado y que nos aclara nuestra situación; aquí todo está muy limpio, unas rústicas pero prácticas papeleras que no desentonan invitan a cuidar del lugar.

Pensamos que en esto los franceses sí que nos dan una lección (al menos en estos sitios) de proteger a la naturaleza.

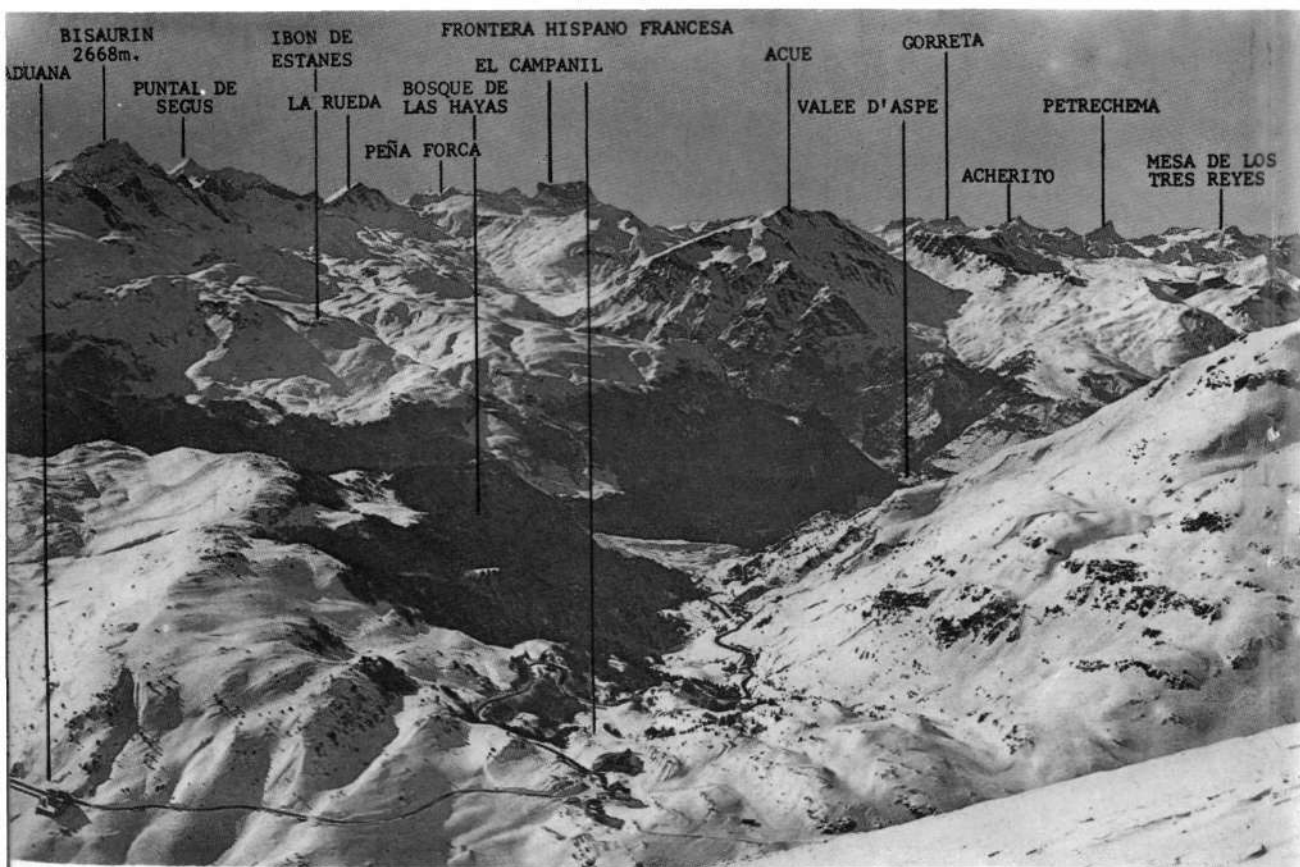
Salimos del lugar a las nueve y cuatro; por el camino vamos encontrando una serie de indicaciones: Forges D'abel, bosque de Sansanet —conocido por los españoles como bosque de las hayas—, un letrero nos indica dos horas hasta el Ibón de Astanés; pensamos que tardaremos más ya que estos horarios serán de verano como es de presumir.

En un rústico puente nos colocamos de nuevo las pieles y comenzamos la fuerte subida hacia el Ibón.

Debajo de la nieve se deja adivinar una estrecha senda, encontramos numerosos árboles marcados pero de todas formas el ascender por este bosque con niebla o mal tiempo tiene que prestarse al despiste con bastante facilidad.

A medida que vamos ganando altura dejamos los árboles atrás y salimos a un claro en donde dejaremos a nuestra derecha la cabaña D'Escouret.

Tras un fuerte repechón con nieve polvo salimos a una zona relativa-





ITINERARIO SEGUIDO
EN LA TRAVESIA CANDANCHU-OZA.
(Mapa aproximado).

mente llana en donde un fuerte viento parece querer arrancarnos del suelo.

Desde aquí dominamos unas vistas realmente fabulosas. Vemos enfrente justo las multitudinarias pistas de Candanchú llenas de gente, más al fondo la canal Roya en toda su amplitud con el Anayet como perenne guardián, a su izquierda el negro y altivo Midí que contrasta notablemente con la blancura de las montañas que le rodean; casi enfrente nuestro, dominador, el blanco Aspe, con su aspecto invernal de gran montaña.

Después de descansar en una hondonada proseguimos por la vertiente de la Couchet de Garay que da al bosque de Espelungere.

Después de torcer a la izquierda y de bordear esta cercana cima de mil ochocientos metros avistamos el helado Ibón de Astarés, que hoy ofrece el aspecto de una inmensa pista de patinaje.

Llegamos al indicador que domina el Ibón sobre las once de la mañana. Tenemos grandes dudas por dónde seguir, ya que todas las vertientes que hay enfrente están cortadas casi a pico; al final, por la izquierda, subimos hasta la cima del Craveñas (1.989) y empezamos el rápido descenso por la vertiente contraria; sopla un fuerte viento y grandes oleadas de nieve polvo nos dejan momentáneamente aturridos.

Al principio la inclinación de la pendiente y los excesivos cambios de nieve nos hacen caer en ocasiones, poniéndonos de bastante mal humor. Cometemos un error al descender directamente al valle y no prose-

guir a media ladera por la margen derecha ya que así tenemos que dar bastonazos durante largo rato por el interminable valle llano.

Un poco afectados por el calor que aquí hace, llegamos hasta un collado con un pluviómetro en donde descansamos e ingerimos algunos alimentos. Desde aquí divisamos el largo valle de Guarrinza por donde tenemos que bajar. Subimos hasta el pluviómetro y comenzamos a bajar por la pista forestal que sube desde el valle.

Al principio por la nieve helada y sin huellas se baja bastante bien y descansamos bastante con este rápido descenso, más adelante la inclinación disminuye y la nieve se va tornando cada vez más sopa.

Más de la mitad del valle lo bajamos a fuerza de bastonazos, pasamos por Mina y sus barracones, un poco más abajo nos quitamos los esquís y proseguimos andando por la carretera unos tres kilómetros hasta llegar al restaurante de la selva de Oza, al pie del castillo de Achert.

Son las cuatro de la tarde cuando damos por finalizada nuestra travesía, después de nueve horas y media de disfrutar del día, de la nieve y de la montaña.

Estamos cansados pero muy contentos y bastante animados para realizar otras travesías invernales a través del Pirineo.

Travesía efectuada por Josetxo Picabea
y Jesús M.^a Rodríguez, del Club Vasco
de Camping de San Sebastián.

POR LAS CUMBRES DEL ALTO DAUPHINE

ASCENSION AL PELVOUX (3.946 m.) 10-11 agosto 1974

El Pelvoux se encuentra en el macizo alpino del Alto Dauphiné y más específicamente en el Parque Nacional de Les Ecrins. Para aproximarse, tomando como referencia Grenoble, hay que dirigirse a Briançon pasando por el Col du Lautaret (2.058 mts.); después se prosigue en dirección a Gap, pero llegando a Argentière se toma una carretera de montaña hasta Ailefroide, que es el punto de partida.

La ascensión, al igual que cualquiera de las clásicas alpinas, se efectúa normalmente en dos etapas: la subida al refugio y el asalto a la cumbre. Alcanzar el refugio de Pelvoux o Lemercier (2.704 mts.) no supone ninguna complicación, pues hay un magnífico sendero perfectamente señalizado; no obstante, se pueden dar algunos detalles: se sale de Ailefroide (1.510 mts.) por el camino del parque nacional, que se eleva por el bosque y va remontando la orilla izquierda del torrente Celse Nière. Fuera ya del bosque, hacia los 2.000 mts., el camino se bifurca: el de la derecha es el del Pelvoux; el de la izquierda sigue el torrente Pravouret y conduce al refugio de Sèle (2.710 mts.) y al col del mismo nombre (3.278 mts.), que da acceso a las cumbres de Ailefroide. Hasta este cruce tardamos hora y cuarto.

A partir de aquí el sendero asciende en continuo zig-zag, muy suave, pero tan pesado que en ocasiones es preferible utilizar los atajos, pues aunque subiendo resultan duros, al menos se consigue romper la monotonía del camino en su lento ascender por un formidable contrafuerte rocoso. El refugio aparece de improviso. Para alcanzarlo empleamos tres horas desde Ailefroide.

El refugio Lemercier (2.704 mts.) es grande y confortable; está dotado de todos los servicios e incluso sirven comidas; conviene saber que no es necesario llevar saco de dormir, pues hay mantas abundantes. Por pasar la noche nos cobraron 6 francos, lo mismo que a los miembros del Club Alpino Francés. Mientras esperábamos la hora de acostarse nos entretuvimos hojeando el libro de registro de ascensiones: desde 1968 al 72 no aparecía ninguna inscripción en castellano; en agosto del 72 ascendieron dos catalanes y desde entonces, al parecer, sólo nosotros habíamos pasado por allí.



De izquierda a derecha: Ailefroide Occidental, Pico Sin Nombre y Pelvoux

Hacia las cuatro de la mañana salimos del refugio; había niebla y el tiempo no parecía haberse asentado tras la tormenta producida la tarde anterior. Los primeros pasos, a la luz de las linternas, resutan un poco impresionantes y hasta inquietantes: hay que superar trepando una pequeña pared rocosa que conduce hasta la morrena lateral de un glaciar que ya no existe; uno se pregunta: «si así es a la puerta del refugio, ¿cómo será más adelante?». Pero no hay razón para asustarse: la trepada es muy sencilla y muy corta, lo que impresiona realmente es la oscuridad. Una vez en la morrena aparece el sendero, que asciende por una aguda cresta terrosa de mediana pendiente y que de repente pierde toda su inclinación, descendiendo unos metros mientras gira un poco a la izquierda para desembocar suavemente en el glaciar. Es importante tener en cuenta este detalle, pues cuando nosotros subimos la gente que iba en cabeza se despistó y, al acabarse la morrena, en lugar de meternos al glaciar seguimos todo derecho trepando por la roca hasta que nos dimos de narices con una pared sin posibilidad de acceso; en aquellos momentos comenzaba a amanecer y en seguida nos dimos cuenta de la equivocación.

Una vez en el glaciar es cuestión de ir atravesándolo sin perder altura; no hay problema alguno pues las huellas son bien visibles. Este tramo se hace con bastante rapidez, sobre todo al principio, en que uno